

**OFICINAS PARA SUBIRA Y ASOCIADOS, DISEÑADORES GRAFICOS.
YAGO CONDE, CARLOS FERRATER Y JORDI HENRICH ARQS.
BARCELONA 1989/1991**

El antiguo pueblo de Gràcia creció en paralelo a la ciudad que, a la postre, acabaría devorándolo. De esta manera, se convertiría en uno de sus barrios más típicos, barrio que aún conserva el aroma del pueblo que fue, fiestas propias y una cierta estructura vecinal, característica de otra época. Quizás de ahí su encanto...

Y su ensanche, por más que hoy nos parezca anterior en el tiempo al de Barcelona, por la dimensión de sus calles y plazas, crecerá en paralelo al que Cerdà proyectara, sólo que a escala más reducida, más familiar, que cada uno crece en función de lo que ya es y de sus medios. Pero Gràcia apostará por la misma arquitectura y sus mismo usos; usos de entre los que destacaríamos esa especial predilección por el textil que haría de la Cataluña del momento, la fábrica de España y centro de la única revolución industrial que se produjo por estos lares.

En uno de esas antiguas factorías dedicadas al textil se sitúan las nuevas oficinas de Subirà y asociados, proyectadas por Conde, Ferrater y Henrich. La firma está dedicada al grafismo, a la producción de carteles y de campañas de propaganda, no sólo de colecciones de moda o colonias varias, sino de diversas instituciones públicas que han acabado por admitir, de cara al recuento de votos del electorado, la importancia de la imagen en una época en la que importa tanto la idea a transmitir como el celofán que la envuelve.

El local presenta dos espacio bien diferenciados, el de acceso desde la calle, largo y estrecho que va a desembocar al espacio principal, y ese espacio central, nave sensiblemente cuadrada de 20*20 metros y casi cinco de altura, como es habitual en la parte en que los locales de planta baja se asoman al patio de manzana. El programa requería espacios de trabajo para los grafistas (mesas de dibujo, archivadores y armario de todo tipo), buena iluminación, la mayor flexibilidad posible, despachos cerrados, un laboratorio fotográfico y una sala de reuniones grande, además de varias salas pequeñas que pudieran funcionar simultáneamente.

La solución adoptada consiste en agrupar en la gran nave las actividades principales dejando el espacio de acceso para recepción, servicios y reuniones con proveedores de catálogos o aspirantes varios que, de esta manera, no penetran nunca en el *santa santorum* del trabajo. Apenas se aprecia intervención alguna desde el exterior: una hermética puerta de acero corten da la bienvenida a un primer recinto limitado por otra puerta de cristal que sólo se abrirá cuando se haya cerrado la anterior.

En ese primer recinto se ubicará la mesa para que los mensajeros dejen el paquete y el teléfono y el aseo que, con extraña y usual frecuencia, pedirán utilizar. Pasada la puerta de cristal estará la recepción, propiamente dicha, los aseos de la oficina y las mesas para recepción de proveedores. Al otro lado, un gran armario longitudinal, a lo largo de todo el espacio, hará la veces de gran archivo escondiendo, además, los cuadros eléctricos y demás instalaciones técnicas. Sus puertas correderas serán el perfecto contrapunto de otras que, en la sala principal, y accionadas por un sistema de pesos y poleas, separarán físicamente las zonas de despachos, situadas unos peldaños por debajo del nivel de la gran nave, de esa misma nave de la que pueden participar a voluntad.

Las puertas son, a la vez, la barandilla del altillo, construido con estructura metálica y tarima de madera. Si las abrimos apenas nos queda un pasamano quitamiedos. Una escalera giratoria, a modo de las de los aviones, escalera que podemos arrinconar a un lado si queremos, nos conducirá hasta la gran sala de juntas que ocupará la totalidad del mismo. A destacar el diseño trapezoidal de la mesa de reuniones, divisible en tres partes, cada una con su propio pie y la parte más baja de la misma, para permitir situar el proyector de diapositivas sin que interfiera la visión de los reunidos.

El pavimento del conjunto se resolverá en moqueta gris. La moqueta subirá por la pared del fondo hasta definir el límite de las oficinas. La calefacción se ha previsto a base de un sistema de tierra radiante. Por el suelo, también, se ubicarán las guías Ackerman de paso de electricidad e informática, excepto en los despachos cerrados en los que la electricidad pasará por una regleta, situada en la pared, que hará las veces de zócalo sobre elevado, rematando la moqueta.

En el espacio de acceso la iluminación se resolverá a base de focos depositados al azar -tal como los dejó el electricista, cuentan sus autores- directamente sobre el deployé que configura el techo. Este, formando una ligera curva, nos acompañará hasta el espacio central. La nave tiene luz natural -a las claraboyas que ya existían se les ha colocado un vidrio stadip que puede abrir y cerrarse y que da la impresión de no existir desde dentro del local-. La iluminación artificial se realiza mediante proyectores incorporados en los muebles y dirigidos hacia el techo del local. La pared del fondo de los despachos situados bajo el altillo dispondrá de una serie de cortinas *helioscreen* que, iluminadas por detrás con lámparas de fluorescencia, darán la impresión de disponer de una segunda fuente de luz natural.

El local, ejecutado de manera admirable, carecería de mayor interés que el ya descrito de no ser por el mobiliario, diseñado a base de elementos móviles y soportado por ruedas que permiten su uso de multitud de maneras posibles. Las mesas de trabajo llevan biombo incorporados que, plegándose y desplegándose, pueden crear ámbitos de trabajo propio, haciendo partícipes a otras mesas o no y cerrándose una vez se ha acabado la jornada o si no interesa que un cliente vea la campaña que se realiza al mismo tiempo para la competencia, que los diseñadores de hoy no se casan con nadie y ponen una vela a Dios y otra al diablo. Esos mismos muebles, como ya hemos comentado, incorporan la luz artificial.

Las nuevas oficinas no tienen la imagen del *loft* neoyorquino, ni la sordidez de las antiguas naves del ramo; no es la sofisticación del bar, tantas veces vista, sino el espacio controlado del trabajo de una moderna oficina que apuesta por la asepsia y la pulcritud, por la moqueta y el diseño domesticado. La oficina ha respetado el sistema de poleas de la vieja factoría que contempla mudo, sin uso alguno, la escena desde lo alto. Por contra, muchos de los nuevos elementos están inspirados en el artefacto, en el mecanicismo, en esa movilidad -propia de los futuristas italianos- de unos muebles que, en sus posiciones cambiantes, dibujarán con sus ruedas el movimiento sobre la moqueta.

Nos consta que alguno de los autores del proyecto se siente fascinado por esos dibujos y gusta de referirse a Schwitters, al 'azar y necesidad', por remedar el título del famoso ensayo de Monod, como base de partida del proyecto. Mientras, la luz, siempre cambiante, ilumina ora una bóveda, ora otra. Pero quizás no repara el autor que cuando todo puede moverse es como si nada se moviera y que, esté como esté el mobiliario, siempre están iluminadas el mismo número de bóvedas. Heráclito y Parménides son, en el fondo, caras de la misma moneda.

Contra la rigidez de la cuadrícula primitiva de fundición, los muebles apuestan por la flexibilidad total. Tienen algo de la 'follie' más incontrolada, de dinosaurios vivos, de artilugio, de caballos de cartón; algo del mobiliario a base de planos de otros conocidos arquitectos del momento. Intencionada- mente o no, algunos de los dibujos del proyecto recuerdan a los 'objetos en el parque' del parque de la Villette de Tschumi y las relaciones que se crean entre el mobiliario no distan mucho de aquella cuadrícula punteada en rojo con la que se intentó organizar el vacío dejado al trasladar el viejo matadero.

Nos consta que a otros miembros del equipo les da igual tanta movilidad y apuestan más por una imagen de orden global que por el detalle, por la flexibilidad obtenida y su resultado funcional que por el diseño concreto del mobiliario. Esas cosas suelen pasar cuando se trabaja en equipo. Ahí queda la obra, en cualquier caso.

Octavio Mestre
Barcelona, noviembre de 1991